
XII.

Minora Canámur.

Cuando dieron las doce en el campanario de las monjas Teresas, el sol rompió el velo de nubes que se empeñaba en tapar su rostro, y apareció en el horizonte madrileño, arrojando sus aguaceros luminosos sobre la villa del Oso y del Madroño. Como desde ocho días antes no se recibía por estos confines la visita de Su Alteza el Sol, fué grande la alegría que todos experimentaron cuando los rayos de oro del que todo lo crea cayeron dentro de las viviendas como mensaje del cielo. Uno de los sitios donde mayor júbilo produjo la visita del sol, fué... ¿Dónde dirán Vds?... En una jaula de dorados alambres, que encerraba á un canario amarillo, artista de meliflua voz y trinar sublime. Agitó sus alas de oro el muy

tunante, saltó de una caña á otra, metió su piquito en la caja de los cañamones, y sacando uno de ellos con gran monada, partióle con mucha zandunga y se le embauló bonitamente. ¡Ah, tragoncillo! Estos artistas son unos hambrones.

—Ya está bueno el canario.

—Ya salta.

—Ya come.

—Ya canta.

—Se ha quedado muy flaquito.

—Sí... y como dice Garriguez, riéndose de nosotros, tiene ojerás.

El canario se subió á la caña superior de su jáula, y desde allí echó una mirada, con sus ojitos de granate, á las interlocutoras.

Eran éstas dos niñas que no habian aún atravesado el dintel de la pubertad. A una la conocen los siglos con el apodo de la Cigarra; á la otra distínguela la historia con el nombre de Lucila. Hallábanse en el salon llamado de la niña de casa de Añorbe, sentadas en banquetas bajas y frente á un cajoncillo que cerraba todos los utensilios de la costura. Un cesto de mimbres veíase allí cerca también, y sobre las sillas habia, exparcidos, diversos pedazos de tela, de muy vivo color, retazos de grana, de raso, de terciopelo. En otra silla, inmediata á las dos niñas, estaba una muñeca deshonestamente desnuda y enseñando, á todo el que quisiera verlo, sus piernas de badana,

su pecho relleno de salvado, su cara de cera, con lábios pintados de carmin como los de una señorita, y sus ojos iluminados con tinta de china.

—Vamos á probarle el gaban,—dijo Lucila, que era la directora de aquel taller de modistas.

—Bueno,—repuso la Cigarra.

La niña abandonada obedecía todos los caprichos de su opulenta amiga, sin contrariarlos, riendo cuando ella reía, y haciéndole el duo en todas sus palabras, deseos y pensamientos.

Lucila tomó entre sus manos la muñeca, y la metió la manga del gaban. La muñeca, con los brazos estirados, protestaba de aquellas operaciones contrarias á su decoro y á su anatomía, como diciendo: «Miren Vds., niñas, que mis brazos se rompen, pero no se doblan.» ¡Vaya una observacion! Lucila cogió el brazo rebelde, y corrigiendo la obra de Naturaleza, doblóle por donde quiso, creando una coyuntura en la badana.

—Ya está puesto el gaban... Solita, anda por el vestido... ¡Qué miras tú, espantajo?—dijo al canario.

Este meneó su cabecita dorada y volvió á meter el pico entre los cañamones, despreciando sin duda el insulto de su joven dueña.

—¿Se puede, señoritas?—dijo, detrás de la puerta, la voz sutil y atiplada de un hombre.

—Sí,—contestó prontamente Lucila, sin suspender el revestimiento de la muñeca, que la preocupaba grandemente.—Entra, Garriguez.

Era Garriguez una especie de mayordomo de los de Añorbe, que venía desempeñando este cargo de confianza en aquella casa desde sus verdes años. Bromista hasta dejarlo de sobra, no había cuento que no supiese; habilísimo en mil pequeñas artes, no había reloj descompuesto que él no compusiera, ni puerta desvencijada que, usurpando atribuciones al carpintero, no arreglara él mismo. Hacía jaulas de grillos, pajaritas de papel, de esas que agitan las alas, abanicos, flores de trapo, muñecos de carton, de los que mueven los ojos y sacan la lengua. Era, en suma, un hombre indispensable y popularísimo entre la plebe menuda.

—Mira, Garriguez,—dijo la señorita,—tienes que hacerme un par de pendientes para la muñeca.

—¿De diamantes?—preguntó él riendo.

—De cualquier cosa,—repuso ella, sin alzar la vista de su obra.

—¿Y Soledad? ¿Cómo está hoy?—añadió Garriguez.

—Bien,—contestó ella.

—¿Qué ha de estar bien!—replicó Lucila.—Está peor que ayer, mucho peor. ¿Has tomado la cucharada de medicina?

—A dársela ven a yo,—exclamó Garriguez. Y sacó del hondo bolsillo de su largo gaban un frasco y una cuchara de madera.

—¡Vamos, niña! Abre la boca... Eso es... ¡Ahí vá!

Soledad tomó la cucharada.

—¿Sabe mal, chiquilla?—preguntó el anciano.

—Sabrá mal, pero es necesario sacrificarse por la salud,—dijo muy sentenciosamente Lucila.

—¡Miren la doctorcilla!—repuso Garriguez.—Puedes guardarte esas buenísimas doctrinas para cuando estés mala... Oye, ¿sabes que mañana te separan de nosotros, Soledad?

—¡Mañana!—repitió la Cigarra, al mismo tiempo que su rostro, intensamente pálido, se coloreaba con una oleada de sangre.

—Pues yo no quiero que se vaya,—afirmó Lucila.

—Es claro, y tú, con tu voluntad, vas á mudar los designios santos de D. Pedro, y la vocacion de Sola, que no quiere mas que su convento... Si no hay mas que verla... Cualquiera que se fije en ella, lo dirá: «Esta niña ha nacido para monja.» ¡Tan callada, tan triste! Su misma enfermedad le aconseja la vida retirada del claustro. Allí tienen su gran jardín... Por cierto que he de ir un día á verla, para que me dé la madre abadesa simientes del rosal de invierno que tienen en el convento.

Soledad no decia oxe ni moxte. Su silencio, apenas interrumpido durante dos dias, presentaba entonces los síntomas del mutismo. Es que á mas de su dolor moral experimentaba otros dolores puramente físicos; abrumadora pesantez en la cabeza, calofríos repentinos, que helaban sus venas, y á seguida alientos de fuego que le abrasaban. A veces una mejoría rápida, instantánea, recordábale su anterior inquebrantable salud; pero bien pronto tornaba la decadencia, y sus nervios vibraban como sacudidos por la electricidad. Despues de tomar la cucharada de aquel específico que Garriguez le llevó, hallóse mas aliviada y en un período de calma relativa.

—Cuéntanos una historia, Garriguez,—dijo Lucila, acabando de peinar á su muñeca.

—Despues, cogióla por las piernas, y alzándola las faldas, la obligó á sentarse en el suelo.

—Escucha tú, hijita,—le dijo, amenazándola con el dedo índice, como miss Alicia le amenazaba á ella.

—Si ya sabes todos mis cuentos.

—Pues inventa otro.

—Eso sí que no. Mis cuentos son verdaderos. No los invento... Te contaré uno que no sabes; vaya.

—Venga, venga,—gritó Lucila, batiendo las palmas.

—Pues, señoras de mi alma,—empezó Gar-

riguez, despues de sentarse en una banqueta cercana á las niñas.—Érase que se era un moro de mala ley, el cual moro tenia una hija, cuya hija sólo contaba diez años.

—Dos mas que yo,—interrumpió Lucila.

—Esta hija del moro se convirtió al cristianismo, abjurando de la bárbara y sangrienta religion de sus padres...

—Ese cuento es muy feo,—dijo con mal humor, Lucila.

—Ahora llegaremos á lo bonito,—contestó el anciano.—La corteza del fruto es amarga, y sin embargo, nadie la maldice. En los cuentos é historietas hay al principio cosas que no interesan; pero que son necesarias para su inteligencia... La hija, cristiana ya, dice mi cuento, abandonó á sus padres y se fué un dia andando, andando, hasta una ermita de la Virgen de los Remedios, que estaba en medio de un campo todo lleno de flores, y la Virgen se le apareció detrás de una zarza, preguntándola:

—«¿Qué quieres de mí?» A lo que ella contestó:—«Que me ampare.»—«Yo,—siguió la Virgen—te daré lo que quieras. ¿Qué quieres ser?»—Y ella pasó revista á todos los oficios del mundo. Ninguno le gustaba. El de tahonera, manchaba las manos; el de hilandera, hacia callos en los dedos; el de pastora, le gustaba, pero temia al lobo. Por fin se decidió:—«Quiero ser pastora de mariposas.» La celestial Señora

se echó á reír.—«¿Qué quieres, niña? ¿Estás loca?»—Pero la niña, sin cortarse, dijo:—«No, Señora. Iré con mi manada de mariposas por esos campos de Dios. Donde encuentre flores, muchas flores, me pararé, y allí viviré jugando con mi rebaño...»—«Concedido.»—respondió la Virgen;—y le dió, para guiar y conducir las mariposas, un precioso cayado, hecho de un rayo de luna... Pues señoras de mi alma, que el tiempo corrió, y un día marchaba con sus cien mariposas, azules, blancas, negras, doradas, por una ancha pradera, y héte aquí que se levanta un aire... ¡Válgame Dios, que aire! y las mariposas echan á volar.

—¿Y se fueron?—preguntó Lucila.

—Sí; se fueron. En vano la pastorcita las llamaba, y llorando las pedía que se quedasen allí. Las mariposas le respondían todas á coro:—«No podemos quedarnos, porque se nos lleva nuestro padre, que es el viento.»—Quiso la muchacha reducir las á la obediencia, pero no lo logró. Buscó su báculo, pero como era de un rayo de luna, y entonces estaba nublado, no pareció por ninguna parte. Y entonces oyó una voz del cielo que le decía:—«¡Vuélvete á tus padres, niña, y si no puedes convertirlos al camino del bien, muere con ellos.—Así han hecho las mariposas con su padre el aire inconstante.»

—¿Donde fueron á parar las mariposas?—preguntó con mucho interés Lucila.

—No lo sabe el cuento, que acaba aquí.

—Bien decia yo que era feo.

—¡Qué gusto tienes mas difícil, princesa! Te pareces á la reina de las posaderas de vidrio, que ninguna silla le parecia buena para sentarse.

—¡Ahí viene miss Alicia!—dijo de pronto Luci, con malísimo humor.

En efecto: llegó la *institutriz* para sacar de paseo á la niña.

—¿Ahora mismo?—exclamó Lucila.

—Sí, señora. En el acto,—repuso la inglesa.

—La tarde es hermosa. Iremos al Retiro.

—Yo no queria dejar sola á ésta—objetó la niña, señalando con la muñeca, que tenia cogida por las piernas, á la Cigarra.

—Sepamos en consecuencia si me obedeces ó no. La caridad que hace tu señora madre, recogiendo á ésta... muchacha... vagabunda, no debe llegar hasta el punto de que se te consientan á tí ciertas familiaridades con ella, contrarias á todo respeto social.

Garriguez dirigió una iracunda mirada á la *institutriz*. Eran los enemigos irreconciliables de la casa. Él la calificaba de *marimacho sabidillo*. Ella le apodaba el *asno manchego*, por su elevada estatura y huesosa complexion.

—Vamos, pues,—repitió Alicia.

Lucila tiró la muñeca en una silla, y salió sin despedirse de nadie. Aquel angelito iba furioso.

XIII.

«Como el lirio entre las espinas, así es mi
compañera entre las doncellas.»

Era desusado el movimiento que se observaba en los claustros, siempre silenciosos, del convento de las Teresas. Aquel viejo edificio, erigido por algún discípulo del gran Herrera, diríase que vivía con nueva vida, y que en sus arterias circulaba la sangre caliente de la juventud; que su carcomido cráneo de mómia gesticulaba, como pretendiendo expresar humanos sentimientos; que el mundo le había invadido, como una ola invade el tranquilo rincón de la ensenada, llevando á él las agitaciones turbulentas del inmenso Océano.

Como ya había entrado la noche, las gentes iban y venían por allí con luces encendidas,

y al atavesar los sombreros pasillos, pensábase asistir á una procesion de estrellas por dentro del tubo de un astrónomo. El ruido de los pasos, el de alguna palabra, por femeninos lábios pronunciada, el rozar de la estameña de los hábitos con la piedra de los muros, adquiririan ecos extraños al repercutirse en las amplias arcadas.

En una sala destartada y ancha, cuyo piso cubren esteras blancas, y en cuya enjalbegada pared hay varios cuadros de gran tamaño y nulo mérito, encerrados en marcos negros, véanse reunidas cinco ó seis sombras, que mas parecen sombras que mujeres las buenas hijas de Santa Teresa, envueltas en sus hábitos de lana.

—¿Vendrá pronto, Sor Circuncision?—dijo una de ellas con voz nasal.

—Le esperamos de un momento á otro. El mandadero ha ido de nuevo á buscarle,—repuso la preguntada.

—¿Y cómo está la niña?

—¡Mal! Es cosa perdida... Pero no sabe usted los antecedentes de tan rara enfermedad... El médico, cuando vino anoche, aseguró que se trataba de un desarreglo nervioso, de una afeccion cerebral, de algo semejante á una apoplejía.

—¿Una apoplejía!

—No dijo precisamente eso; pero sí cosa parecida. Esta niña ha perdido á su ma-

dre, y despues ha emprendido un viaje á pié, mendigando, descalza, casi desnuda, desde un pueblo que está muy lejano, hasta Madrid.

—*¡Agnus Dei!*

—*¡Miserere nobis!*... La desdichada se encontró aquí con protectores poderosos.

—¿La excelente señora de Añorbe?

—Sí.

—Lo que yo no me explico es el interés... maternal que la inspira esa criatura abandonada.

—Ni yo tampoco.

—Ni nadie,—añadió la voz delgadísima y trémula de una anciana virgen del Señor, que hasta entonces habia permanecido silenciosa.

—Anoche estuvo dos veces.

—Y hoy vendrá en cuanto el médico llegue.

—Esa niña la trajeron aquí muerta.

—Yo no comprendo cómo nos la enviaron al convento.

—Para quitarse peso de encima.

—Para evitarse molestias.

—¡Venía pálida, pálida, del color de la Sagrada Hostia!

—¡Y con un temblor nervioso!...

—En fin, á otro dia fué preciso acostarla.

—Y no ha vuelto á levantarse.

—Pues el médico asegura que su estancia

en el convento contribuye mucho á su enfermedad.

—Si ella está acostumbrada á tomar el aire y el sol...

—El médico quiso sacarla, llevándola otra vez á casa de la excelente señora de Añorbe.

—Pero el padre Hernandito se opuso.

—¿Por qué?

—¿Quién lo sabe?

—Esa misma pregunta nos hemos hecho todas esta mañana, mientras rezábamos el rosario.

—¡Qué sucesos mas inexplicables!

El ruido de un carruaje escuchóse entonces en la calle inmediata, y poco despues, previas las formalidades que prescribe la estrecha regla de aquel convento, penetraba un hombre, el representante de la muerte, el médico, en el asilo de las doncellas de Levi. Acercáronse todas las monjas, con aire de curiosidad y temor, y al pasar, haciendo una reverencia al grupo principal de Santas, escuchó el médico que de diversas partes le decian:

—Luego me tomará Vd. el pulso.

—Despues me verá Vd. la lengua.

—¡Padezco hace días unos dolores!...

—Tiene Vd. que hacerme una receta.

Y así, por éste órden, otras frases análogas; que bien se puede tener el alma sana y buena y el cuerpo lleno de alifafes.

El médico entró en la celda que ocupaba la

niña enferma, en quien ya habrá reconocido el lector á Soledad. Poco despues entró en ella apresuradamente doña Ana con la hermana del padre Hernandito.

La estancia era estrecha. Una ventana abierta sobre el jardin mostraba un cuadrilátero del cielo azul oscuro lleno de astros. Oíase el quejido de la noria, que rodaba sin descanso, distribuyendo el agua en los arriates del jardin, y de rato en rato, la voz de un muchacho que reanimaba la fatigada actividad del macho, condenado á girar en un círculo sin fin como manecilla de reloj.

—¿Cómo está?—preguntó con viva ánsia la de Añorbe.—Dígame usted la verdad, señor doctor.

—¿Por qué he de ocultarlo?—repuso el doctor, que tenia cogido entre sus manos el brazo inerte de Solita.—Mal, muy mal... Es uno de esos casos que la ciencia no sabe resolver. La franqueza, que es la primera condicion de mi carácter, me obliga á decir á Vd. que no sé lo que tiene esta niña. Sé sólo que es un desarreglo nervioso, una afeccion cerebral... una cosa irremediable...

—¡Irremediable!—gimió doña Ana.

—Irremediable... Pero que podria remediarse por uno de esos milagros de la naturaleza; por uno de esos cambios inesperados en el curso de la enfermedad.

—¡Usted habrá apurado todos los recursos y

habrá consultado todos sus libros,—dijo doña Ana, mirando con ojos llorosos al doctor.

Este, volviéndose hácia doña Mónica, dijo:

—Yo suplico á Vds. que salgan de este cuarto. Sé que profesan mucho cariño á esta criatura, y el cuadro de la agonía...

—¡De la agonía!—gritó Ana, fijando su extraviado mirar en el médico.—¡Está ya tan cercana la muerte!

—Reitero mi súplica... Señoras, salgan ustedes de esta celda.

—¡Ah! Nunca, doctor. He de permanecer aquí hasta el último instante,—afirmó decididamente la de Añorbe.

Y luego, arrodillándose junto al lecho de la Cigarra, abrazó la cabeza de la enferma, cogiéndola con las manos, como se toma un objeto precioso para extasiarse en su contemplación, y dijo así:

—Tú eres la víctima y yo el verdugo. ¿Por qué naciste, pobre sér, sin ventura? ¿Por qué no moriste al nacer, desdichada niña?

—¡Dios lo sabe!—repuso con solemne voz el cura, que entonces habia entrado.—Su alma va al cielo; es una paloma á quien la mano de algun querubin va abrir la jaula.

—¡Palabras crueles! ¡Consuelos vanos! Si Dios se lleva su alma, ¿por qué no se lleva también nuestro corazón, y le deja aquí padeciendo?

—¡Impía! ¡Tú no sientes lo que dices!—

balbuceó indignado el padre Hernandito.—
¡Inclina tu frente, que estás en presencia de Dios!

Mostró el sacerdote entre sus manos, el Santo frasco del Óleo, y acercándose á Solita, puso en sus sentidos la estopa húmeda de la Extremaunción. Como por ensalmo, llenóse el cuarto de monjas. Todas traían su vela encendida y murmuraban las preces que el ritual prescribe en tales momentos. La ceremonia fué breve. Duró apenas lo que tardó en referirla. Después se apagaron las velas, se alejaron las monjas, y un olor de pábilo quemado se extendió en el ambiente.

El doctor se alzó entonces del suelo, donde se habia arrodillado, y volvió á pulsar á la moribunda. El latido de su pulso era cada vez mas lento, mas suave, menos frecuente, como el del reloj que se echa á andar sin haberle dado cuerda. Sus labios descoloridos, súbitamente adquirían un tinte carmíneo vivísimo, y palidecían de improviso también. No se movía; no hablaba; sus ojos permanecían cerrados, y sobre su sér todo iba cayendo la sombra de la muerte.

—¡Hija mía!... ¡Ángel!... ¡Hermosa!... ¡Mírame!... ¡Vuelve en tí!—decía Ana, pasando su mano una y cien veces por la frente de Solita.

—Ana,—exclamó entre sollozos doña Mónica.—Sal de aquí. No olvides tu situación.

—¡Mi situación! ¿Hay algo mas vil que mi

situacion? Oiga Vd. doctor,—repuso mirando al médico.—Quiero que todo el mundo lo sepa. Soy una mujer infame, soy una mujer indigna y criminal... ¿Lo oye usted? Que se pregone por las calles, que se ponga en los periódicos... ¡Yo, yo, yo he matado á esta criatura!

Despues, como si aquel arranque de desesperacion la hubiese fatigado mucho, dejó caer su cabeza entre la ropa del lecho.

—Señora—manifestó el médico;—este espectáculo ha perturbado su razon de Vd... Usted delira... Tendrá Vd. fiebre sin duda... Salgamos de aquí...

—Sí, Ana, salgamos—añadió Mónica.

Entre las dos cogieron, cada una por un brazo, á la de Añorbe y quisieron incorporarla. Solita... ¡No, Solita!... el cuerpo de Solita se movió. Levantó su seno un suspiro y sus facciones experimentaron en seguida trasformacion extraña. Sus lábios se unieron con sério gesto, sus párpados se abatieron con pesadez, el círculo amarotado que el dolor imprimió en sus ojos ensanchóse, cual en un papel mancha de aceite.

—Salgamos pronto.—dijo el médico, interponiéndose entre el lecho y doña Ana.

Esta se dejó conducir por el claustro. Allí estaba D. Pedro. Cuando le vió la señora de Añorbe, dijo:

—¡Yo no puedo ocultar mas este secreto!

Una fuerza superior pone en movimiento mis lábios. ¡No puedo ni debo callar!

Alarmado D. Pedro, exclamó:

—Señor doctor; delira, sin duda alguna.

—Eso pienso,—replicó el médico.

—¡Ana! ¡Ana!—añadió el cura.—El sacrificio está consumado. Has resistido como una mártir, y Dios te bendice.

Ella no contestó nada. ¿Qué habia de contestar?

XIV.

¡Hasta luego!

Ya sabeis que murió Solita. Su cuerpo reposa en el cementerio del convento. ¿Quereis saber algo mas? No dispongo de tiempo para satisfacer esos deseos.—Ya os hablaré de Lucila; pero no hoy. Perdonadme haber escrito las desventuras de la Cigarra, y os referiré mas tarde las dichas de Lucila.

FIN.